

Los mayas: una nueva percepción

ANA LUISA IZQUIERDO

Existe una idea generalizada (un poco romántica e inexacta) del pueblo maya; se dice que fue un pueblo de grandes proezas intelectuales y materiales (y en verdad lo fue) entregado a la observación astronómica y a los cálculos calendáricos, de pacífica convivencia natural, alejado de la cotidiana pugna por el poder, asentado en concentraciones urbanas y organizado en forma sencilla en dos grupos: sacerdotes y campesinos.

Tras más de un siglo de estudios y análisis acuciosos realizados por una legión de investigadores, las concepciones sobre el pueblo maya son hoy más objetivas y realistas. Arqueólogos, etnólogos, lingüistas e historiadores, entre muchos otros especialistas, han contribuido enormemente a profundizar los conocimientos sobre el mundo maya usando técnicas muy modernas, como la fotografía aérea; los exámenes físicos de los cambios que con el tiempo se producen en los materiales como el carbono 14; la aceleración neutrónica o la hidratación de la obsidiana, y los análisis de microcomputadoras o macrocomputadoras, como el relativo a la frecuencia de los glifos mayas y sus múltiples asociaciones.

Ciertamente el tema es casi inagotable y todavía quedan muchas cosas por aclarar, entre otras, cómo se estructuraba el poder político, cómo fue su derecho, en qué forma consiguieron labrar ciertos materiales para sus excelentes tallas o cómo lograron ese cabal conocimiento del cuerpo humano que les permitió reproducirlo tan fielmente.

Pero ahora es necesario dar a conocer todos estos avances en el conocimiento de la cultura maya, y tratar de desterrar muchas de las concepciones erróneas, algunas de ellas surgidas en el romanticismo del siglo XIX; desde las que creían descubrir raíces griegas o egipcias en la cultura maya, hasta las más descabelladas que les asignan un origen extraterrestre, pasando por afirmaciones menos desorbitadas pero igualmente equivocadas, como aquella que dice que la cultura maya se derivó de la civilización olmeca y que su agricultura se basó en un solo sistema de cultivo o la que pretende que los

mayas desaparecieron, que nunca tuvieron ciudades (sólo centros ceremoniales); que fue un pueblo pacífico y que su historia se divide en dos etapas: el Viejo Imperio y el Nuevo Imperio, de los cuales el primero floreció en el sur del área maya y el segundo en la península de Yucatán. Se creía también que su escritura contenía únicamente cálculos astronómicos.

Todas estas opiniones ya han sido desautorizadas por los nuevos estudios. Los actuales avances en el conocimiento de los mayas nos han hecho ver que su valor cultural, no sólo pertenece al pasado, sino al devenir de la historia mexicana; por eso, es preciso profundizar también en las cualidades humanas y en el pensamiento religioso, social y económico que mueven la vida de los pueblos levantiscos de hoy, tan torpemente olvidados.

En primer término, ¿cómo se define la entidad étnica y cultural llamada maya? Antes se decía que mayas eran los pueblos que techaban sus construcciones con el arco falso o bóveda de piedras saledizas, lo que excluía a diversos grupos que ahora se identifican como mayas.

Desde hace varias décadas se han considerado mayas todos los pueblos que hablaban lenguas de una misma familia lingüística. Las lenguas mayances son, hoy en día, 28, pero pudieron haber sido treinta en la antigüedad, algunas muy cercanas; varias son tan semejantes que los hablantes pueden entenderse y otras tan disímiles que hacen muy difícil la comprensión entre ellos.

Todavía hoy existe la creencia de que los mayas hablaban dialectos, especies de sublenguas, lenguas sin gramática y sin literatura y con una reducidísima cantidad de hablantes. Error craso; las lenguas mayas son idiomas plenos, con su léxico, su gramática y su fonología particulares. Actualmente por *dialecto* se designa sólo la variedad de realizaciones de una lengua en las diferentes comunidades que la hablan. El concepto de lengua menor, incompleta o deficiente ha sido desterrado. Además, ¿cómo decir que los mayas no tuvieron literatura si

nos quedan sus códices, y una gran cantidad de inscripciones, que conocemos? Además, tras la conquista, los indígenas escribieron sus tradiciones en su propio idioma valiéndose de caracteres latinos y nos legaron numerosas obras como el *Popol Vuh*, en lengua quiché, o el *Chilam Balam de Chumayel*, en maya yucateco.

Insistimos en que son mayas sólo aquellos pueblos que hablaban lenguas mayas y que además habitaban un territorio continuo; porque la lengua huasteca es maya, pero sus hablantes no lo son.

Ese territorio continuo comprende una extensión de 390 000 km² y cubre toda la península de Yucatán, casi todo Tabasco y la mitad occidental de Chiapas, en México, así como toda la superficie de Belice y Guatemala y los extremos occidentales de las repúblicas de Honduras y El Salvador.

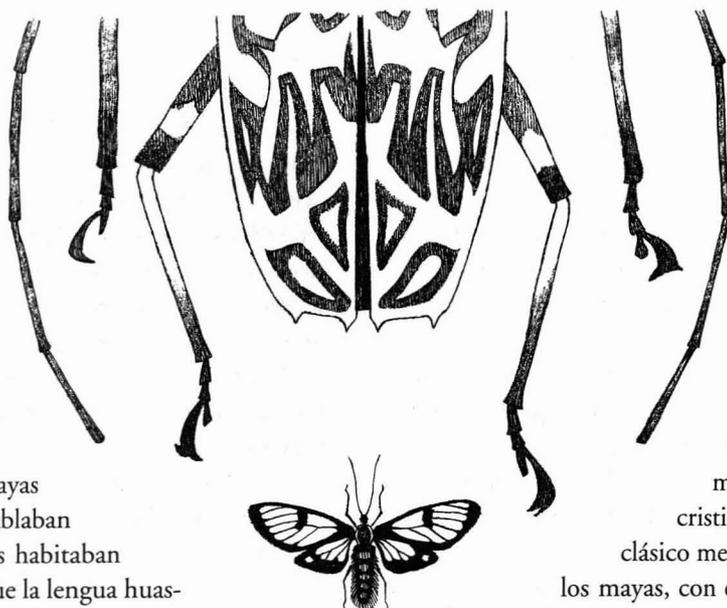
Pero, además de identificar a los mayas en función de la familia lingüística a la que pertenecen, también se les caracteriza por sus rasgos físicos y culturales.

Todos los pueblos que habitaron este amplio territorio se entrelazan con un estilo artístico y una arquitectura propios. En la plástica, su sistema de composición artística se distingue por su dos formas de expresión que se desarrollaron paralelamente: una de ellas denominada naturalista, que usaban para representar hombres y animales, y el llamado grotesco, esto es, la combinación de formas de animales y plantas para representar, metafóricamente, las entidades cósmicas y los poderes sobrenaturales, como, por ejemplo, el dragón que representa al cielo.

Su arquitectura contiene ciertos rasgos muy especiales: la crestería, muro colocado en las paredes (posterior, central o anterior) de los templos; los arcos falsos o bóvedas de piedras saledizas, y los templos monstruo, edificios cuya fachada es el rostro de un saurio que parece representar al dios K, Itzamná.

Otro rasgo cultural de los pueblos mayas fue la escritura; desarrollada en los primeros siglos de nuestra era, hacia la época del florecimiento maya, se extendió por todo el territorio. Escribieron en piel de venado o dibujaron los símbolos en una superficie recubierta de estuco. Pero también labraron o modelaron en estuco o en barro un cuantioso número de inscripciones.

La cultura maya ha sido estudiada en forma intensiva por los arqueólogos, quienes han descubierto su carácter autóctono; los mayas son los pobladores originales de la tierra que habitaron. Su integración como tal se inició en las tres últimas centurias anteriores a la era cristiana y se reconoce ya



con todos los elementos con que la hemos identificado (lenguas, arquitectura, escultura y cerámica) en el 300 d.C.

A partir de los años setentas los estudios realizados en Tikal, Dzibilchaltún, Komchén, El Mirador, Cerros, Lamanai y Cuello, nos dieron a conocer que el desarrollo urbano de los asentamientos mayas se inició antes de la era cristiana en la etapa llamada Preclásico medio. Esto no se sabía, porque los mayas, con ese concepto de arquitectura cambiante, construyeron una y otra vez sobre el

mismo edificio llegando a colocar hasta once superposiciones. Los arqueólogos sólo conocían las más externas y desconocían el pasado remoto de los edificios.

Los mayas más antiguos vivían en las tierras altas de Guatemala, pero ya en el año 1000 a.C. se habían dispersado hacia el norte del área maya.

Entre los siglos VII y IV antes de nuestra era, los grupos vivían en villas de agricultores en las que se comenzó a desarrollar una arquitectura pública. Pero la construcción masiva de grandes templos se dio entre el siglo IV a.C. y el IV d.C.; en ese periodo se define un poder político en manos del grupo de soberanos sacerdotes; se desarrollan los diversos sistemas agrícolas; se crean largas redes comerciales, y surge una organización política y social compleja. Restos de todo ello se han encontrado en sitios como Cerros, en Belice, o El Mirador, en Chiapas.

Es evidente que sus raíces así como sus avances y progresos fueron autónomos y no recibieron influencia alguna de civilizaciones de otros continentes; por ejemplo, los egipcios ya habían perdido su identidad cultural en aras de una profunda helenización, y hacía milenios que habían dejado de construir pirámides, ya que la última data de ca. 3000 a.C.

La difundida versión de que los palencanos recibieron la cultura de seres extraterrestres que aterrizaron con sus naves en su asentamiento, lo que supuestamente es visible en la talla de la lápida del sarcófago del Templo de las Inscripciones, contiene una elemental incoherencia: la talla, así como la construcción del edificio, están fechadas en el siglo VII d.C., centuria en la que casi todos los edificios palencanos, ahora visibles, ya habían sido levantados y la cultura maya florecía en todas las tierras bajas.

Las concepciones del origen externo de la cultura maya se fundaban en la idea prejuiciosa, ya superada, de que las culturas indígenas de México, del mismo modo que todas las culturas inferiores, fueron incapaces de realizar creaciones propias, originales. Los calificativos *inferior* y *superior* se han

descontado en el pensamiento moderno por su demostrado carácter racista.

En los inicios de la cultura maya, las influencias recibidas vinieron de otras culturas mesoamericanas que la precedieron, como la olmeca, la izapeña y la prezapoteca.

El florecimiento de la cultura maya, ya con el rango de civilización, tuvo su esplendor entre el siglo IV y el XI d.C.; fue cuando todos los rasgos a que hemos aludido estuvieron presentes en múltiples sitios como Palenque y Yaxchilán, en Chiapas; Uxmal, Kabah y Sayil, en Yucatán; Tikal, en Guatemala, y Copán y Quiriguá en Honduras. Se dio una arquitectura monumental; se creó la bóveda de piedras saledizas; los edificios se remataban con largas prolongaciones de alguno de los muros del templo, recubiertas con modelados en estuco, que ofrecían una sugestiva e impactante impresión visual.

Contrariamente a la creencia de que el arte prehispánico está lleno de pavorosos símbolos cuyo entendimiento puede ser algo terrible, el arte maya tiene como motivo central la representación del hombre. Cuando aparece como político de alta jerarquía, su actitud es solemne y ostenta numerosos símbolos que señalan sus potestades, en un complicado atavío. Pero también están presentes sacerdotes, esposas, madres, guerreros, prisioneros, jugadores de pelota, escribanos y hasta gente común, como en las figurillas de Jaina modeladas en barro.

Uno de los rasgos más importantes de la civilización de los antiguos mayas, y que fue negado durante mucho tiempo, fue la edificación de verdaderas ciudades. Antes de los años cincuenta, los arqueólogos concentraban su atención en el estudio de templos, palacios y materiales encontrados en tumbas y cajas de ofrendas; pero estos estudios restringidos, hoy en día se han ampliado a todo el espacio ocupado por los mayas.

Un buen ejemplo de esto es Sayil, en Yucatán; en 1934 los arqueólogos estudiaron los edificios más representativos y siguiendo la escuela de su tiempo, lo consideraron un centro ceremonial.

Menos de dos décadas después, Gordon Willey inició los estudios de patrón de asentamiento, esto es, creó un método para hacer mapas del lugar ocupado por una población. Estudió así todas las edificaciones visibles, desde las pirámides masivas hasta los cimientos de casas de las que sólo quedaban hileras de piedras. Este tipo de estudio se llevó a cabo en Barton

Ramie, Belice; en Dzibilchaltún, Yucatán, y en Tikal y Piedras Negras, Guatemala. Tales investigaciones llevaron a los arqueólogos a ver que, además de las construcciones ceremoniales y cívicas, había edificaciones para la vivienda de una población de muy diversos rangos sociales que no eran ni sacerdotes, ni gobernantes, ni nobles, sino personas sencillas dedicadas a la artesanía, al comercio en pequeño o la agricultura, y que vivían pobremente en chozas, sobre plataformas de piedra o sobre un bajo cimiento. La conclusión era obvia: estos centros eran verdaderas ciudades.

Cuando Sayil se estudió con este nuevo enfoque, se supo que entre el 800 y el 1000 d.C. vivían unas diez mil personas en su centro, que ocupaba 4.5 km². Por tanto, Sayil no era un centro ceremonial, sino una ciudad.

Durante el florecimiento maya, la agricultura afirmó su importancia como base de la economía; además de los sistemas tradicionales, los mayas inventaron otras técnicas agrícolas tales como canales, drenajes, camellones, etcétera, lo cual les permitió producir alimentos suficientes y tener tiempo libre para dedicarse a la construcción.

Se consolidó asimismo una organización política centrada en elementos religiosos, con una jerarquización de las autoridades sacerdotales, civiles y militares.

Al mismo tiempo que se concretaba este orden socioeconómico y político, se estructuraba una compleja religión que lo envolvía todo y le daba sentido a la existencia del hombre. Guiados por el deseo de concertar con los dioses, los mayas construyeron grandes centros ceremoniales en urbes como Dzibilchaltún, Edzná, Tikal y Palenque o Uxmal y Chichén Itzá. El éxito económico propició el despliegue de una gran creatividad: florecieron, además de la escritura, las matemáticas y la astronomía; en las obras plásticas es patente la gran actividad constructiva y el notable desarrollo en la escultura, la alfarería y la pintura.

Los conocimientos matemáticos, cronológicos y astronómicos son los más avanzados entre las culturas antiguas del resto del mundo, pero éstos en su mayoría enmarcan hechos históricos.

Hacia el año 800 d.C. algunas ciudades sufrieron crisis internas que originaron cierto abandono. Esto propició que algunos escritores mal informados consideraran que los mayas desaparecieron de repente, ya que muchos autores llamaron a esta época el derrumbe maya; como si, instantáneamente,



sin dejar rastro, se pudiera desplomar toda una civilización. En primer lugar, los procesos históricos no se dan repentinamente, ni son instantáneos; los cambios hacia la desintegración sólo se dieron en algunos de los sitios y duraron más de cincuenta años cada uno. Lo que pasó es que se dejaron de construir edificios monumentales, de tallar estelas y de cultivar la astronomía y las matemáticas, y ya no se celebraban los grandes ritos públicos. Los centros ceremoniales de las ciudades quedaron virtualmente vacíos. Este fenómeno se empezó a dar en ciertos sitios en el sur de las tierras bajas mayas.

Hasta antes de los años setentas, esta crisis se explicaba en función de catástrofes naturales, como temblores, huracanes o epidemias; la explicación era absurda, porque la zona donde los poblados fueron abandonados no es sísmica, y los huracanes, si bien modifican un poco el clima en la zona, no llevan tanta fuerza como para destruir toda una civilización. Además, los huesos exhumados por los antropólogos físicos no presentan evidencias de epidemias en ese periodo.

Una confluencia de procesos de cambio en las sociedades mayas mismas, y las transformaciones de otras culturas mesoamericanas, incidieron para afectar esta civilización y producir una postración cultural en una parte del área; pero eso no quiere decir que el grupo étnico y cultural maya se haya autoexterminado; simplemente se acabó la cultura de elite.

El crecimiento de la población, así como de la clase gobernante opresora y de la burocracia parasitaria, incrementó las necesidades alimentarias, pero la agricultura no tuvo una evolución tecnológica suficiente para aumentar significativamente la producción alimenticia. Además, aunque las alternativas que desarrollaron para cultivar intensivamente la tierra fueron en un principio suficientes, coadyuvaron al alza demográfica, y con el paso de las centurias la tierra se empobreció. Esto produjo desnutrición y enfermedades en el pueblo común, que han sido probadas por la arqueología y la antropología física.

Esta situación originó rivalidades por el poder y por las tierras, y ocasionó la salida de las ciudades de grandes cantidades de gente que buscaba satisfacer su hambre. La falta de alimentos, las migraciones y la guerra produjeron una significativa baja en la población, pero ésta no desapareció del todo. Muchos habitantes de las ciudades se fueron a lugares alejados y, de ser artesanos o comerciantes, volvieron a la vida de campesinos aldeanos; hubo una ruralización de los sobrevivientes. En algunos sitios como Tikal, la clase gobernante fue desplazada y los grupos populares invadieron palacios y edificios ceremoniales, y hasta dejaron sus huellas en múltiples *graffiti*.

En otras palabras, el mismo sistema económico y sociopolítico fue creando sus propias contradicciones. Pero hubo además presiones externas; la más importante fue la postración cultural de Teotihuacan, rectora y eje de las grandes rutas comerciales, que al dejar de funcionar cortó muchas fuentes de abastecimiento; por tanto hubo también factores externos que activaron la extinción de la civilización maya.

El foco de la decadencia comenzó en las más antiguas y civilizadas ciudades (Palenque y Tikal); le siguieron las del sur de las tierras bajas (Yaxchilán y Piedras Negras), y las que sobrevivieron fueron las del área Puuc de Yucatán.

Esta explicación de la decadencia maya trae a colación otra gran mentira: la del pacifismo maya. Esta idea fue acuñada por Tomás Gann a principios de siglo y su gran difusor y defensor fue Thompson, en su obra *Grandeza y decadencia de los mayas*. Hoy en día, este libro es uno de los más leídos y editados y ha sido una de las fuentes importantes de la parte consagrada a los mayas en los libros de texto.

Sus argumentos aseveraban que no había fortificaciones, que los sitios de la época Clásica estaban emplazados en lugares abiertos y que no había representaciones de guerra, y esto lo dijo y lo sostuvo a pesar de que los frescos de Bonampak, que representan una batalla, ya habían sido dados a conocer al mundo desde 1940.

Hoy en día los arqueólogos han encontrado fosos, diques y parapetos; por ejemplo, hay nueve kilómetros de este tipo de construcciones defensivas en Tikal y en otros sitios, como Becán, Palenque y Chichén Itzá. Por consiguiente, no se puede decir, como Thompson lo sostuvo, que si hubo guerra fue el resultado de las influencias toltecas, pues sus elementos culturales no llegaron al área maya sino hasta el Posclásico.

Además, tenemos una variada iconografía de la guerra: existen estelas y dinteles que muestran escenas bélicas y el tema principal de las pinturas de Bonampak es una batalla.

Otros argumentos apoyan la existencia de las prácticas guerreras entre los mayas de épocas tempranas, entre ellos, el descubrimiento realizado en los años sesentas por Tatiana Proskouriakof, quien identificó en las inscripciones glifos que hablaban de captor y cautivo.

La más popular de las concepciones sobre la cultura maya es aquella que considera su historia dividida en dos grandes épocas: el Viejo Imperio y el Nuevo Imperio. El Viejo Imperio estaba localizado en las selvas de Chiapas y Guatemala. En esta zona, llena de vestigios prehispánicos y de inscripciones calendáricas, repentinamente, al final del siglo IX, desaparecieron las fechas de los monumentos, por lo que se especuló que había llegado a su ocaso el Viejo Imperio maya. Alejándose de sus asentamientos, los habitantes de aquel imperio se dirigieron hacia el norte de Yucatán, despoblado hasta entonces, donde no tardarían en llegar otros pueblos del centro de México, con los que iban a crear un renacimiento maya-tolteca, el Nuevo Imperio, del que las majestuosas ruinas de Chichén Itzá son el mayor exponente.

Esta visión de la historia maya, creada por Sylvanus Morley en los años cuarentas, se difundió rápidamente; pero el libro con el que más popularidad alcanzaría este autor fue *Los antiguos mayas*, publicado en 1946, cuando ya sus críticos tenían mucho terreno ganado en la investigación de elementos de la cultura maya que lo rebatían. Morley tampoco consideró la existencia de entidades políticas imperiales, como muchos lo han probado.

La inquietud reinaba entre los académicos de entonces desde hacía varios años, porque habían encontrado ocupaciones del Preclásico en la península de Yucatán (Morley decía que en ese tiempo estaba despoblada, a pesar de las pruebas de cerámica, arquitectura e inscripciones).

Uno de sus críticos más duros fue el mexicano Alberto Ruz, que después de estudiar arqueológicamente Edzná en Campeche, logró conjuntar muy diversos argumentos para demostrar la antigüedad de la ocupación en la península de Yucatán y su contemporáneo desarrollo en el resto de los sitios de las tierras bajas como Palenque, Tikal y Copán, por mencionar algunos. No hubo tales Nuevo Imperio y Viejo Imperio; sin embargo esta concepción de la historia maya es la versión oficial y escolar y, por tanto, la que aprenden los niños, por falta de inquietud de los maestros y de quienes redactan los libros de texto por conocer mejor nuestro pasado.

En la península de Yucatán el periodo Clásico terminó sin que hubiera una declinación cultural importante; las ciudades del Puuc, como Uxmal, Kabah, Sayil y Labná, siguieron su desarrollo normal hasta el año 1000 d.C., y en esa época entraron en contacto con grupos de cultura tolteca, lo cual es claramente visible en los nuevos elementos de su arquitectura, tales como las serpientes emplumadas, las representaciones del dios Tláloc, etcétera. Pero su auge tampoco persistió y también fueron abandonadas. No todas las ciudades de la península sufrieron crisis semejantes; algunas otras como Chichén Itzá pudieron sortear sus propias contradicciones y tuvieron una vida bastante prolongada.

Chichén Itzá, una ciudad Puuc de antes del primer milenio, hacia el 987 d.C. sufre las transformaciones que le impone la presencia de los itzaes, quienes bajo el liderazgo de Quetzalcóatl la conquistan. Así se edifica la parte tolteca de la ciudad, al lado de un gran cenote en el que sacrificaban víctimas para que rogaran sus favores a los dioses.

Dos siglos después de la intrusión cultural tolteca hay un proceso de asimilación de lo extranjero en la cultura maya, que de cierta manera culmina con la pérdida de la supremacía de Chichén Itzá.

Por esa época se hace sentir en Yucatán el poder de Mayapán que reúne bajo su gobierno, encabezado por la familia Cocom, a casi todos los pueblos de la península, cuyos jefes políticos vivían ahí para no perder el control. La tiranía de los cocomes terminó con el aniquilamiento de la familia, la destrucción de sus posesiones y el abandono de la ciudad. Con ello, la península de Yucatán quedó fragmentada en 19 pequeños estados, no sólo independientes, sino enemigos, que vieron su fin con la llegada de los conquistadores.

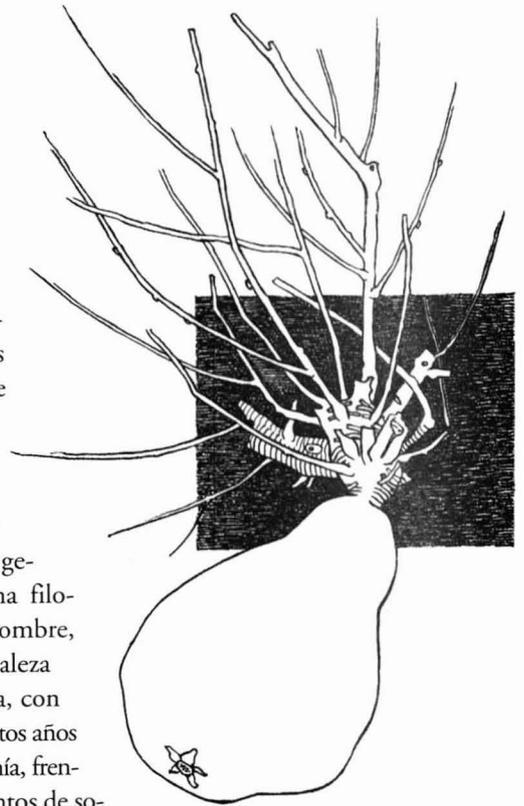
Sin embargo los mayas tampoco desaparecieron entonces, como algunos piensan, a pesar del aniquilamiento que sufrieron. Durante toda la época colonial lucharon contra la invasión de la cultura occidental conservando su lengua, sus ritos, y escribiendo sus tradiciones en su propio idioma con

caracteres latinos, produciendo así una rica literatura maya. Pero si bien la mayor parte del tiempo su oposición fue pacífica y secreta, hubo momentos en que también fue bélica; los últimos enfrentamientos todavía no terminan; ahora están en una clara oposición con el mundo occidental que los rodea, y lo expresan ya sea en forma armada o en los diálogos con el gobierno y con la sociedad civil.

Hoy todavía existen en México y Guatemala unos siete millones de indígenas mayas; no son seres de folclor, caricaturas de una civilización ida, productores de artesanía, ni necios en la lucha por el dominio político, sino seres en busca de que se les dé derecho a mantener su identidad y un lugar en la historia nacional.

Son seres vivos, que claman por conservar la herencia de su grandioso pasado; a ellos les debemos respeto y el reconocimiento que se

merece una cultura ancestral aún viva. Dos mil años de temporalidad los respaldan, dos mil años de conservar un discernimiento sacralizado con el que generaron una filosofía del hombre, de la naturaleza y de la vida, con mil quinientos años de autonomía, frente a quinientos de sojuzgamiento que amenazan su identidad cultural y que los ha reducido a la pobreza y a la marginación. Estos mayas también son mexicanos. ♦



Obras consultadas

- Morley, Sylvanus G., *The Ancient Maya*, Stanford University Press, California, 1946.
- Ruz, Alberto, "Arqueología maya: trayectoria y meta", en Ana Luisa Izquierdo, *Alberto Ruz Lhuillier, frente al pasado de los mayas*, SEP, México, 1987.
- Sabloff, Jeremy A., *The New Archeology and the Ancient Maya*, Scientific American Library, Nueva York, 1990.